

# LAS TORRES DE TREBISONDA

Rose Macaulay

# Las torres de Trebisonda

Traducción de Francisco Segovia

Posfacio de JAN MORRIS

editorial  minúscula  
BARCELONA

Título original: *The Towers of Trebizond*

© The Estate of Rose Macaulay

© del posfacio: 2003 Jan Morris

© de la traducción: 2008 Francisco Segovia

© de la traducción del posfacio: 2008 Celia Filipetto

Revisión: Julio Hurtado y Claudia Ortego

© 2008 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Portolà, 26 - 08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: noviembre de 2008

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: Archivo Cozzi

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Winihard Gràfics S.L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-44-2

Depósito legal: B-50.607-2008

*Printed in Spain*

*Para Susan Lister*

—El resplandor de aquella extraña ciudad que brilla en la colina, aislada por sus altas puertas...

—¿Aislada de todos, Frastos?

—De todos aquellos, Erotón, que no deseen entrar en ella más que en ninguna otra ciudad.

—Entonces está aislada, y la mayoría de los hombres deben olvidarla.

—Quienes la han deseado alguna vez no pueden olvidarla, pues su luz destella sobre los caminos que andan y los persigue, como los fuegos fatuos. Aun si huyen de ella, los atrae como un imán atrae al acero, y, aunque jamás crucen sus puertas, su luz los quemará como un fuego, pues tal es su naturaleza.

—¿Quiénes, entonces, construyeron esta ciudad tan peligrosa?

—Los dioses y los hombres, Erotón; hombres que buscaban a los dioses, y dioses que buscaban a los hombres. ¿No te parece que tal hechura, parte artefacto y parte deifecto, que brota de indicaciones y órdenes divinas, y de los anhelos y fantasías mortales que se levantan a cumplirlas,

debe hechizar por siempre el espíritu de los hombres, ejerciendo sobre ellos un extraño y salvaje poder, intermitente, es verdad, pero sin fin? En cualquier caso, así ha sucedido siempre.

*Diálogos de mortalidad*

—Coge mi camello, querida —dijo mi tía Dot, apeándose del animal a su vuelta de misa.

El camello, un *dhapur* árabe blanco (de una joroba), perteneciente al famoso rebaño de la tribu ruola, había sido un regalo de despedida —con sus alforjas repletas de oro de pocos quilates y brillantes gemas orientales— de un rico magnate del desierto que poseía un hotel cerca de Palmira. Yo siempre pensé que decía mucho en favor de mi tía el que, viniendo el camello de donde venía, no lo hubiese llamado *Zenobia*, *Longino* o *Aureliano*, como habría hecho una mujer de menor categoría. Ella, en cambio, siempre lo llamaba, en tono distante, «mi camello», o «el camello». A mí el camello me tenía sin cuidado, y yo a él, pero, como estaba de visita con la tía Dot, hice lo que me mandaba y lo arrastré por la brida hasta el establo que compartía con mi pequeño Austin y, hasta hacía poco, con el Morris de mi tía, el coche que un obispo anglicano le había robado fuera del edificio del Ateneo mientras ella cenaba allí con el profesor Gilbert Murray y el arzobispo David Mathew. En camello o en coche, las gárgolas góticas miraban desde lo

alto, pues el establo estaba adosado a los muros de un capricho dieciochesco levantado con piedras tomadas de la parroquia restaurada del pueblo, de estilo Perpendicular and Decorated. En el capricho quedaban aún unos cuantos arcos, además de las caras de gárgola de unos diablillos y monjes. El camello, musulmán no converso, parecía mirarlas con desdén. Le di de comer remolacha forrajera (aunque parecía estar rumiando aún la del desayuno) y pasé el cerrojo.

El camello llevaba a la tía Dot a misa, pero el Austin a mí no. Mi tía era una feligresa practicante, pero yo no. Mi tía pertenecía a la Alta Iglesia anglicana, y por lo tanto no a ese gran sector medio de la Iglesia de Inglaterra que, según se dice, es la columna vertebral (si es que la tiene) de nuestra nación. Yo también soy alta, incluso extrema, pero no muy devota, lo cual es una posición sólida, pues así se pertenece al mejor sector de la mejor rama de la Iglesia cristiana sin asistir apenas a misa.

Quizá debería explicar por qué somos tan firmemente eclesiásticos, ya que parte de esta historia es resultado de una actitud nuestra poco usual, o más bien de la tía Dot. Pertenecemos a una vieja familia anglicana que sufrió bajo las leyes penales de Enrique VIII, María Tudor y Oliver Cromwell. Durante el reinado de Enrique VIII adquirimos y habitamos, es cierto, una abadía disuelta en Sussex, pero algunos de nosotros fuimos llevados a la hoguera por negarnos a aceptar los Seis Artículos. Con María Tudor fuimos llevados a la hoguera de nuevo; naturalmente, por herejía.

Con Isabel nos plantamos firmemente en la vida anglicana, animando a nuestros arrendatarios puritanos a bailar durante el mes de mayo y a deleitarse en Navidad, e informando a los magistrados de que unos sacerdotes jesuitas se habían escondido en las chimeneas de nuestros vecinos papistas. Con Carlos I miramos con desaprobación a los malditos puritanos de orejas puntiagudas, a quienes el arzobispo Laud tan justamente puso en la picota, y, hasta el gran interregno, aprobamos el embellecimiento laudiano de iglesias y oficios, las cruces, las velas y los cuadros de los altares, las mejoras en la capilla del Saint John's College, en Cambridge, bajo la dirección del doctor Beale, y en el Christ's College, bajo el doctor Cosin (pues Cambridge era nuestra universidad). Durante la represión, mantuvimos en privado, como capellanes, a vicarios expulsados, y asistimos en secreto a misas anglicanas en las que cada Navidad nos interrumpían los soldados, que, hablando con mucha malicia de la Natividad de Nuestro Señor, nos llevaban a rastras ante los tenientes generales. Después de la Restauración Gloriosa, recuperamos nuestras empobrecidas propiedades, y, hasta la Revolución Gloriosa, siguieron días prósperos en los que perseguimos a papistas y cuáqueros con gran imparcialidad. Entonces, a medida que crecía la dignidad clerical, comenzamos a colocar a nuestros benjamines en la buena vida, de la que se vieron privados en 1690, por no jurar lealtad a Guillermo y María. Y durante el siguiente medio siglo, más o menos, llevaron una vida eclesiástica independiente, muy devota, prometedora, cismática y excéntricamente ordenada,

dirigiendo las devociones y escuchando las confesiones de damas y caballeros piadosos, y aconsejándolos sobre la decoración de sus oratorios privados, conduciendo las ceremonias con pompa ritual y devocionarios cismáticos, asimilando las enseñanzas de William Law sobre la vida devota y sacramental, y formando parte de la corriente piadosa de la Alta Iglesia que ha corrido durante siglos por el ancho río anglicano preparando silenciosamente el camino a los vociferantes tractarianos. Estos clérigos, ancestros nuestros, eran vistos con dudosa impaciencia por sus conocidos de las casas solariegas, que pronto llegaron discretamente a un arreglo con los detestables hannoverianos y no malgastaron sus fortunas y vidas persiguiendo a pretendientes reales que no eran, después de todo, en absoluto anglicanos.

No es extraño, pues, que hayamos heredado una firme y tenaz adhesión a la Iglesia de nuestra nación. Con ello nos ha venido, a la mayoría de nosotros, un gran entusiasmo por la pesca. La tía Dot sostiene que esta propensión es típica de la Iglesia de Inglaterra. Quizá haya confundido levemente las palabras *Anglican*, (anglicano) y *angling* (pesca con caña). Sin duda, como he observado a veces, los franceses pescan mucho, pero los monjes anteriores a la Reforma pescaban aún más.

—Casi siempre en estanques —decía la tía Dot—. Algo muy poco deportivo, y solo para comer.

Sea como fuere, nuestra familia ha sido siempre muy dada a la empresa. Al heredar los estanques de la abadía de Sussex, que tan concienzudamente se habían propuesto

hacer caer en sus redes, y que finalmente obtuvieron en 1539, tomaron como emblema tres lucios yacientes, con el lema *semper pesco* (fue como patronos de una flota de pesqueros de arrastre que amasaron su fortuna durante el siglo xv), y comenzaron a llenar los estanques de la abadía con carpas excelentes que pescaban por diversión, o para cenar en los días de ayuno. Aquellos de la familia que hicieron los votos religiosos, educados desde la infancia en este pasatiempo, continuaron practicándolo asiduamente dondequiera que transcurriera su plácida vida. Uno de ellos, rector de East Harting a finales del siglo xviii, escribió en su diario (publicado en 1810) que preparaba la mayoría de sus sermones mientras se hallaba así ocupado; pensaba que su vocación como pescador de hombres se veía asistida por la imitación que hacía de ella a la orilla de los ríos, y cada pez que sacaba del agua lo colmaba de emoción, como si hubiera capturado un alma. Cuando picaban el anzuelo, rezaba; cuando escapaban, se arrepentía de su propia ignominia, que había llevado su mano al fracaso, y se lo tomaba como una reprimenda divina. Después se hizo obispo, pero no dejó de pescar.

El pasatiempo, desde luego, tenía sus trampas. A veces, los pensamientos de estos clérigos, pescando a la buena de Dios en aquellos hermosos y tranquilos parajes, se desviaban por los senderos de la teología especulativa y se topaban, como con un dragón en el camino, con alguna herejía o duda. A veces pasaban por encima de este dragón sin mayores perjuicios, salvados quizá, en el momento de encontrar-

lo, por un leve tirón en la caña; otras veces forcejaban con él, y quizá lo vencían o lo mataban, o tal vez sufrían ellos mismos la derrota. O no presentaban batalla en absoluto, sino que lo dejaban deslizarse hasta sus almas, como un huésped no deseado a quien ya no podrían ahuyentar jamás. Algunos fueron vencidos por los embates del maniqueísmo; otros, por las inocentes teorías de Pelagio o por esa clase de panteísmo que tan fácilmente se da en las praderas y los bosques, o por las dificultades de reflexionar sobre la Trinidad, y muchos más por la simple Duda. Algunos fueron haciéndose cada vez más latitudinarios, otros casi deístas y muchos, a medida que avanzaba el siglo XIX, comenzaron a adherirse a la Modern Churchmen's Union.

Pero, en general, cuanto más pescaban, más «altos» se volvían. Y cuanto más tenaz e inquebrantablemente anglicanos se mostraban, mejor pescaban. Uno de la familia, mi bisabuelo, tractariano y pescador comedido, propenso a meterse en líos por la posición del sacerdote mirando hacia Oriente, pescó durante unas vacaciones en Argyllshire el mayor salmón jamás capturado en las aguas del Add. Pero en ese momento, conducido por sus meditaciones piscatorias hacia otro tributario del gran río de la Iglesia, renunció a sus hábitos y se volvió católico romano. Durante su «desliz», como lo llamó siempre la familia, solo atrapó peces insignificantes, entre ellos la trucha más pequeña que jamás fuera atrapada sin ser devuelta al agua, pues mi bisabuelo jamás devolvía nada. Al fin, harto de tantos peces pequeños, pescó furtivamente un gran salmón en un río de Devonshire,

fue descubierto y compareció ante un juez, que con justicia desoyó su falso testimonio de que desconocía la existencia del coto de pesca. Por este delito pasó una semana en la cárcel de Bideford. Durante ese tiempo llegó a la conclusión de que una pesca exitosa debía ser, para él, un asunto anglicano. Y hartó ya no solo de los peces pequeños, sino también de sisar los grandes, de mentir y perder el tiempo, y de tantos asuntos difíciles en los que se suponía que debía creer ahora, exclamó, como hizo más tarde George Tyrrel: «¡Iglesia de mi bautismo!, ¿por qué te abandoné?», volvió a su hogar espiritual y en el acto fue recompensado con una milagrosa captura de peces en Loch Tay. Y eso, como decía la tía Dot, se nota. Su hijo, el padre de la tía Dot, fue un hombre de ideas más firmes. Abandonó su parroquia para remontar el Amazonas con su joven esposa, predicar a los indios de Brasil y tratar de pescar la deliciosa *Trutta Amazonia*. Halló la muerte en las fauces de un cocodrilo. La madre de la tía Dot escapó por los pelos de este horrible destino, y poco después dio a luz a la tía.

De ahí que mi tía heredara un anglicanismo firme y misionero, con grandes prejuicios contra el catolicismo romano, el protestantismo continental, el presbiterianismo escocés, la disidencia británica y todos los cuerpos religiosos norteamericanos, excepto el episcopalismo protestante. Y también heredó el gusto por la pesca.

Ahora estaba viuda. Cuando su matrimonio era aún relativamente reciente, ella y su marido, un misionero de gran celo, fueron sorprendidos, durante un viaje a las par-

tes más inhóspitas de África central, por unos feroces salvajes equipados con las armas más horribles. El oficial británico residente en Nwabo había informado a mi tío político de que lo mejor era no caer vivo, ni dejar que lo hiciera la tía Dot, en manos de esta tribu nada afable, aficionada a cocinar vivas, en agua hirviendo, a sus presas, como hacemos nosotros con las langostas, para hacerlas más sabrosas; de suerte que mi tío y mi tía llevaban consigo pastillas de veneno. Buscando a tientas las pastillas, mi tío descubrió que las había perdido por culpa de un agujero en el bolsillo. Así que le dijo a la tía Dot, mientras los temibles salvajes se acercaban: «Creo que lo mejor será dispararte primero, y luego dispararme yo.» La tía Dot se mostró absolutamente en contra de este plan, pero había poco tiempo para discusiones y mi tío, tras encomendar sus almas y pronunciar la absolución, apuntó su arma contra ella y disparó. Afortunadamente, no era un buen tirador, y la bala zumbó rozando el salacot de la tía Dot. Para evitar que su esposo intentara dispararle de nuevo, la tía Dot, con gran presencia de espíritu, cayó al suelo como muerta. Mi tío entonces dirigió el arma contra sí, esta vez con más acierto: cayó al suelo con un disparo en la cabeza. Los salvajes, que para entonces se habían acercado bastante a ellos, estaban a punto de llevarse los cuerpos a la olla cuando la tía Dot se puso en pie de un brinco y, en su propia lengua, pues prudentemente había aprendido de antemano las frases apropiadas, les dijo que era una diosa cuya carne era venenosa para quien la consumiera, pero que les concedería muchos favores si le perdo-

naban la vida. Así que la condujeron a la choza de su jefe y, como este se hallaba en una expedición de caza, la dejaron en el harén esperando su regreso. Dot era pequeña y rechoncha, que era la forma que a él más le gustaba; aunque, según decían los salvajes con pesar, también habría hecho un buen papel en la olla.

Las otras mujeres del harén le resultaron aburridas. Parecían saber muy poco, decía, de todo lo que no fueran dulces o el amor. Blandía ante ellas el Libro de Oración Común, traducido al centroafricano, y cada tarde recitaba las completas en voz alta en esa misma lengua, pues en él había también un libro de oficios. Pero ellas tampoco le prestaban demasiada atención. Las esposas solían bajar al río, a una media milla de distancia, y lavar en él la ropa y a los niños. La tía Dot también iba, y llevaba su caña de pescar. Atrapó muchos de esos peces pequeños y repugnantes llamados *kepsi*. Una vez se toparon con una leona que estaba en el camino y que se la quedó mirando y meneando el rabo.

—Todas las esposas salieron corriendo —decía la tía Dot—. Eran mujercitas delicadas, pero salieron corriendo. Yo me quedé y le sostuve la mirada, y en ese momento la criatura se esfumó. Entonces *yo* también salí corriendo.

—¿Cómo escapaste del harén? —le preguntaba yo, cuando de niña me contaba esta historia.

—Una de las esposas, que no quería que yo me quedara esperando hasta la llegada del jefe, sobornó a uno de la tribu para que me llevara a la jungla y me matara. Pero a él le daba miedo hacerlo, porque yo era una diosa, así que

me mostró el camino que salía de la selva y llevaba al campamento de una misión baptista. A mí no me gustaban mucho los baptistas, pero fueron realmente muy amables. Los disidentes son a menudo excelentes cristianos, Laurie. No seas nunca estrecha de miras.

Le prometí que nunca lo sería.

—Aunque, por supuesto —añadió mi tía—, debes siempre recordar que *nosotros* tenemos la razón.

Le prometí que siempre lo haría.

Cuando no estaba en mi piso de Londres, pasaba casi todo el tiempo con la tía Dot. Sus hijos están muertos o ejercen alguna profesión en el extranjero. Yo también he tenido algún que otro trabajo, aunque siempre un poco a la zaga de ellos y siguiéndoles los pasos con dificultad. Mi profesión favorita es hacer dibujos con acuarelas para ilustrar libros de viajes; una buena manera de salir al extranjero, que es lo que más me gusta. Estoy de acuerdo con aquellos que piensan que la principal meta en la vida es viajar.

Mi tía tenía un aspecto muy agradable. Contaba sesenta y pocos años, era pequeña y rechoncha, su rostro era blanco, redondo y suave, y tenía unos perspicaces ojos azules. Gozaba la vida y viajaba, y compartía mis ideas sobre la principal meta de la vida, y era una alegre y romántica aventurera.